

# Textos y testimonios del archipiélago

## CRISIS Y CONVIVENCIA EN UN TERRITORIO INSULAR

### POR QUÉ LEER ESTAS ENTREVISTAS

Ricas trayectorias de vida, esfuerzos del presente y sueños de futuro se entrecruzan en esta publicación dejando traslucir la agitada trama que teje la historia pasada y contemporánea del archipiélago. Testimonios reelaborados y decantados en textos por los entrevistadores-editores, conservando en lo posible la frescura de la interlocución.

En este cuarto número de CUADERNOS DEL CARIBE –tercero que hemos elaborado para recoger las voces que pueblan el archipiélago– presentamos una serie de 36 entrevistas realizadas, en distintos momentos de 2000, 2001 y 2002, a 34 personas en San Andrés y dos en Providencia, organizadas por el orden alfabético de sus apellidos. Todos los entrevistados ocupan un lugar destacado en la vida de las islas y, en distinta medida, han incidido y continúan influyendo en su destino. Pero debemos confesar que, ante el número inabarcable de quienes merecerían figurar en este nuevo Cuaderno del Caribe y por problemas de tiempo, la elección de los entrevistados fue en buena medida aleatoria. Se trata de una muy pequeña “muestra” de los centenares de personas que hoy luchan y se esfuerzan por construir un futuro mejor para las islas. En esta oportunidad buscamos oír voces nuevas, distintas de las que ya habíamos escuchado cuando –en el marco de la maestría de estudios caribeños de la sede de San Andrés de la Universidad Nacional de Colombia– invitamos a participar en dos talleres a cuarenta personas, entre gobernantes y líderes sociales. A partir de la presentación de sus

percepciones acerca de la situación del archipiélago y de las demandas raizales, así como de sus propuestas de solución, construimos los dos anteriores CUADERNOS DEL CARIBE.

En estos tres Cuadernos del Caribe predomina, sí, conscientemente, la presencia de hombres y mujeres isleños de mentalidades distintas –líderes políticos, activistas sociales, promotores culturales, pastores, sacerdotes–, quienes, por hacer parte de la comunidad autóctona de las islas, por los derechos especiales que la nueva Constitución les reconoce y por su influencia en la comunidad isleña de hoy, tienen una especial significación. Pero a través de las páginas de los Cuadernos se escuchan además las voces de inmigrantes –empresarios, comerciantes y hoteleros, obreros, maestros, sindicalistas e impulsores de organizaciones no gubernamentales, colombianos “continentales” y personas vinculadas a la comunidad árabe. Todos ellos son voces auténticas de la multiculturalidad de las islas. También está la opinión de uno que otro funcionario estatal relacionado con el archipiélago.

Con cada una de las nuevas personas entrevistadas tuvimos la oportunidad de conversar largamente –tres y cuatro horas o aún más–, en primer lugar, sobre su vida, luego, sobre su apreciación acerca de la historia reciente y la situación de las islas y, finalmente, sobre sus perspectivas de futuro. Mientras ellos hablaban uno de nosotros grababa y la otra tomaba rápida nota de la conversación en un computador portátil y, una vez en casa, procedíamos a la elaboración de

la entrevista, conservando en lo posible las expresiones de sus protagonistas. Posteriormente, sometimos el texto a la revisión y aprobación de cada uno de nuestros interlocutores\*. Se trata, pues, de testimonios, no de indagatorias.

Con esta tercera publicación buscamos cuatro objetivos. Como en los dos cuadernos anteriores, queremos, ante todo, propiciar el mutuo conocimiento, el reconocimiento y el diálogo entre distintos actores y protagonistas, especialmente, de la sociedad sanandresana, diálogo que –por múltiples razones históricas y sociales–, se encuentra profundamente bloqueado. El silencio, la distancia y aún la desconfianza mutua amenazan con transformar el tejido social de las islas en una lucha, callada o manifiesta, no solo entre etnias, comunidades culturales, clases y gremios, sino incluso entre los millares de individuos que hoy pueblan a San Andrés. Quisiéramos que estas entrevistas, ya impresas y publicadas una junto a otra, sean un pequeño y mudo impulso, fijado en el tiempo, al diálogo vivo y fluido y a un mutuo reconocimiento que no debería concluir jamás. El intercambio franco y el respeto recíproco son el lubricante indispensable de toda vida social y de toda construcción colectiva. Es cierto, los testimonios impresos tienden a envejecer, al menos parcialmente. Pero tienen la ventaja de fijar con claridad las experiencias personales, las opiniones y las perspectivas, y de ponerlas a disposición de quien quiera conocerlas.

Por nuestra parte, debemos confesar que el encuentro y la conversación con cada uno de los entrevistados fue una experiencia fascinante. No lo decimos por cortesía ni por protocolo. La verdad es que hay en las islas una disposición al diálogo, casi diríamos que una necesidad de dialogar, que, desafortunadamente, no se encuentra

hoy en el continente. Aprovechamos la ocasión para agradecerle aquí a los entrevistados por su generosa disponibilidad de tiempo, su cálida acogida, su confianza y su franqueza. Desafortunadamente, tenemos la impresión de que esta disposición se manifiesta más fácilmente hacia personas que, como nosotros, llegamos de fuera y no hacemos parte de la comunidad sanandresana. Es posible que las mismas tensiones internas –propias de una sociedad pequeña, que habita un territorio reducido donde todos se conocen y deben enfrentar juntos grandes desafíos– incrementen la necesidad de encontrar interlocutores externos. Por eso mismo, quisiéramos que esta publicación sea una pequeña contribución a ese indispensable y urgente acercamiento mutuo. Ojalá pudieran ser leídas, analizadas y discutidas en colegios, iglesias y grupos comunitarios de las islas, como lo han sugerido varios de los entrevistados. A la verdad, recorriendo los textos, encontramos muchos más puntos de convergencia que líneas centrífugas.

Un segundo propósito de esta publicación es acercar la vida íntima de las islas al conocimiento de todos los colombianos. Muchos “continentales” conocemos, hemos disfrutado y añoramos desde las montañas andinas “el mar de los siete colores” y sus playas; la interminable danza de los cocoteros del sur de San Andrés, mecidos por la brisa; el abrazo del mar y el bosque en Providencia; la amabilidad, la elegancia y la cortesía de los isleños. Muchos menos han penetrado hacia el corazón de las islas por las vías y caminos que cruzan sus colinas. Y tal vez muy pocos, demasiado pocos, han tenido la oportunidad o el interés de asomarse al alma de isleños e inmigrantes para indagar por su experiencia, su manera de ver la vida, de labrar el presente y de diseñar el futuro de las islas. Por ello creemos que la mayor parte de los colombianos se ha perdido lo mejor del archipiélago. Estas voces impresas son una invitación a conocer la otra cara de esa población colombiana, cercana y distante, similar y diversa. Ojalá estas entrevistas se reprodujeran en diversos medios impresos del continente o indujeran en escritores y cineastas la inquietud por acercarse a ese otro rostro fascinante de la misma Colombia.

El tercer objetivo de esta publicación es el de poner a disposición de Bogotá, capital política del

\* Para la revisión de algunos textos nos ayudaron a contactar a las respectivas personas, Yanula Salamanca, Diana Ximena Sierra, Orlando Javier Trujillo, estudiantes de Ciencia Política de la sede de Bogotá de la Universidad Nacional, a los que les dirigimos sus trabajos de grado en el marco de la investigación “Crisis y convivencia en un territorio insular” y para lo cual realizaron su pasantía en San Andrés. Algunas entrevistas fueron desgravadas por Roylie Hawkins y Harvey Ferrer quien, además, nos ayudó en la introducción de correcciones a los textos.

país, un material que le permita comprender quizás un poco mejor las demandas y expectativas de los pobladores de las islas, sean isleños o continentales, así como sus problemas más sentidos.

Finalmente, las entrevistas son una contribución a la investigación sobre “Crisis y convivencia en un territorio insular”, que llevamos a cabo un grupo de profesores y estudiantes de la Universidad Nacional, de su sede de San Andrés, de la que también participan, de la sede de Bogotá, la Facultad de Artes y el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), del que hacemos parte.

Pero, independientemente de nuestros propósitos, creemos que la lectura de las entrevistas proporciona un buen rato de placer a cualquier lector. Unas más que otras tienen fuerza, reflejan vida, lucha, ilusión. Algunas son extraordinarias. Gracias, de nuevo, amigos de San Andrés y Providencia –a los que entrevistamos y a muchos otros que conocimos y nos enseñaron tanto sobre las islas–, por su tiempo, pero especialmente por su amistad, confianza y transparencia, con la que quisiéramos seguir contando.

Socorro Ramírez y Luis Alberto Restrepo

Yo me llamo Antonio. Me dejaron apellido “palo” los nombres. Me dejaron “chico” de buscar otro. Aunque uno puede cambiar, si me pongo otro nombre ya no me conocen. Me apellatan con Ángel Hernández, y soy de Calamar, un pedrito de Tolívar. Desde que nací en 1935, ahí me crié más seis años porque luego nos fuimos a Barranquilla, donde viví 18 años. Estudié secretariado en un colegio que era lo que se estudiaba en esa época: es el Instituto Arango, de torbellinos, que eran peores que religión. También viví dos años en Montería. En 1960, vine a Emilio Zaghy, nos casamos y cinco años después nos vinimos para San Andrés.

### La larga relación con San Andrés

El 6 de noviembre de 2001 cumplí 36 años en la isla, entonces soy como isleño. Pero mi relación con San Andrés es más antigua pues mi papá trabajó en el puerto aquí en la isla, durante dos años. Vivía fascinado con la isla, con su gente, con su música. Él no se hubiera ido de aquí nunca si no hubiera sido porque mi mamá no se quiso venir en goleta. Yo nací después de que él regresó a Calamar. Y ¿cómo son las cosas de la vida! Yo hice lo que él no pudo: vivir en San Andrés.

A diferencia de mi mamá, yo sí me vine a San Andrés cuando la Caja Agraria trasladó a Emilio. Vinimos con la idea de que era una estadía transitoria. Llegamos a un hotelito que quedaba frente al Banco de la República y pasamos ahí dos meses. En diciembre nos volvimos y cuando él consiguió vivienda me vine definitivamente a finales de mayo. No sabíamos por cuánto tiempo era ese destino. No fue pensado ni programado

como para poner un negocio, para nos fuimos quedando.

Tenemos un hijo y una hija, ambos nacieron en Barranquilla. La hija, Diana, estudió administración de empresas en el Externado y es la gerente del Banco de Bogotá, y el hijo, Larry, estudió sistemas en Boston, y lo gana la aviación, un poco de todo. Yo tenemos un nieto, Felipe.

### Es el comercio y las asociaciones en pro de la isla

Cuando llegué a San Andrés me dediqué a los hijos, y apenas tuvieron cinco años monté un almacén con el que duré muchos años. ¿Cómo es la vida! El almacén quedaba donde trabaja ahora mi hijo. Ahí estuve hasta 1970, cuando los hijos terminaron en el Modelo Adventista, que no tenía sino hasta el cuarto bachillerato, entonces se fueron a Bogotá a terminar, y yo me fui con ellos. Los acompañé dos años mientras terminaban el bachillerato. Yo iba y venía. Cuando entraron a la universidad ellos ya tenían otra vida, entonces me vine. Pero ya no tuve más almacén de mercancías. Fui a una Soristería, que tuve hasta hace un año, en la casita a la que nos mudamos después del hotelito a donde llegamos y en donde vivimos 19 años. La acabé porque le cambiamos y me quitaron mi espacio.

Yo he estado en distintas agrupaciones en favor de la isla. La primera en la que participé fue en la Asociación Femenina para el Progreso del Archipiélago (AFPA), de la que, además, fui fundadora.